

1

## POLVO DE ESTRELLAS





**N**inetis hacía es-

fuerzos por mantener los ojos cerrados. Al otro lado del jardín, la habitación de Mangana estaba iluminada en la noche, pero ella no quería mirar. Mangana era la Primera Esposa de Ciro. Desde que el rey se había marchado de la ciudad, al frente de su ejército, unas fiebres malignas la mantenían postrada en el lecho. «Mangana es adivina —pensaba Ninetis junto a la ventana, en la oscuridad de su dormitorio—. Su enfermedad coincide con la marcha de Ciro. Debe de presentir que él no volverá vivo de su expedición militar. Si eso sucede, mi hijo Cambises tiene todas las posibilidades de acceder en breve al trono de Persia. Pero ¿quién ejercerá la regencia hasta su mayoría de edad? ¿La reina? ¿Casandana, la Segunda Esposa? ¡Esa función me pertenece! Por desgracia, sólo soy la concubina de Ciro. Para que yo ocupara el primer rango, tendrían que desaparecer Mangana y Casandana».

Ninetis decidió abrir los ojos. A contraluz de las antorchas, las siluetas que se turnaban a la cabecera de la reina pasaban una y otra vez delante de la ventana. De repente, el médico real entró en la zona iluminada, se inclinó sobre la enferma y la auscultó. A continuación, la egipcia vio cómo el hombre se incorporaba y hablaba con el personal que prodigaba cuidados a la soberana.

Ninetis tuvo la sensación de que las palabras del médico habían causado cierta conmoción. Los criados y las doncellas salieron del cuarto. Por los pasillos sonaron carreras precipitadas y llamadas teñidas de angustia.

La egipcia sonrió en la oscuridad. Esa noche se respiraba la agonía, pero para Ninetis tenía una suave fragancia.

—Vislumbro un imperio ante ti, hijo mío —anunció al bebé de doce meses que dormía en la cuna, detrás de ella.

A continuación, levantó los ojos al cielo, contempló las constelaciones que salpicaban el espacio y reparó en un lucero que titilaba débilmente en la cadena de astros. «Es la estrella de la reina —comprendió la egipcia—. Mangana intenta aferrarse a la vida, pero sus fuerzas la abandonan. Las tinieblas se apoderan de su alma.» Ninetis observó la estrella con detenimiento. Con los ojos fijos en ese punto del cielo, la joven sintió vértigo, como si el firmamento se moviera, girando sobre sí mismo con lentitud; luego todas las luces se pusieron a dar vueltas. Ninetis se agarró al alféizar y dirigió su mirada hacia la habitación de la Primera Esposa.

La egipcia permaneció un rato junto a la ventana. Pasado el aturdimiento, ahora disfrutaba de la oscuridad que le permitía ver sin ser vista. Se sentía poderosa, como embriagada por la noche y el viento, con la sensación de que podía apagar la llama de la vida de la Gran Esposa con sólo extender el brazo.

—Esta noche es mágica o, más bien, maléfica —murmuró Ninetis, sobresaltada ante la sonoridad de las palabras—. La oscuridad exhala un aliento gélido que se cuela entre las piedras y agarrota los miembros. Nadie se mueve alrededor del lecho de Mangana y los pasillos se han quedado mudos. Se diría que una espera de plomo ha paralizado todo el palacio.

¡De repente, un grito! Un largo alarido ascendió en tonos agudos y descendió luego hasta los graves. Parecía el estertor de un animal agonizante. Después sonaron unos gemidos que se acompañaron en un lamento pausado y lúgubre. Ninetis miró de nuevo al cielo. La estrella de la soberana se apagaba como

un ojo que se cierra. La egipcia se estremeció, presa de una alegría salvaje: la diosa Ishtar acababa de apartar a la reina de su camino hacia el poder.

—Mangana ha muerto —se regocijó—. Casandana se convierte en la Gran Esposa Real y yo también me acerco al trono.

Ninetis oyó el llanto de un niño flotando en lo invisible. «Es Roxana, la hija de Casandana. Los gemidos la han despertado.» En ese mismo instante, su hijo emitió un sonido semejante a un gorgoteo. El bebé se movió en la cuna; hizo un ruido con la boca, como si mamara, y luego se volvió a dormir con una sonrisa. La egipcia se arrodilló a su lado.

—Tranquilo, mi pequeño Cambises —le susurró al oído—, esas lágrimas no son por ti. Esta noche, los dioses nos han sido favorables y no dudo de que seguirán velando por nosotros, aunque tenga que ayudarles un poco para lograr mis objetivos: pronto dejaré de ser una simple concubina.

A la mañana siguiente, Ninetis descansaba en un banco del jardín, lejos del ajetreo que se vivía en el palacio con motivo de la muerte de Mangana. Instalada a la sombra de unas altas palmeras, la egipcia vigilaba con el rabillo del ojo a la nodriza, que mecía a Cambises en sus brazos. Por los senderos paseaban algunas muchachas, que se limitaban a saludarla con una leve inclinación de cabeza, sin dirigirle la palabra. Entre ellas murmuraban que Ninetis era una víbora insoportable y que el Faraón la había hecho pasar por hija suya<sup>1</sup> para quitársela de en medio. Las peor intencionadas contaban que quizá su bebé no fuera hijo del rey de Persia. Ninetis estaba al tanto de esas habladurías y se había prometido eliminar a todas esas chismosas en cuanto accediera al trono. De repente, su atención se centró en el movimiento que había percibido en un camino que comunicaba directamente con los apartamentos de la reina. La egipcia reconoció ense-

1. Véanse *El trono de Isis* y *La hija de Anubis*.

guida a Casandana por su amplia túnica púrpura salpicada de estrellas blancas. «No ha esperado a que se enfriara el asiento para colocarse en el sitio de Mangana», se dijo Ninetis cuando vio que la joven ceñía su cabeza con la diadema de oro reservada a las reinas. La siguió con los ojos, algo extrañada al darse cuenta de que se dirigía hacia ella.

La nueva reina despidió a sus doncellas con un gesto de la mano. Por su parte, Ninetis indicó a la nodriza que se alejara; luego hizo un esfuerzo para levantarse y recibir a su rival.

—Esta entrevista no es oficial —declaró Casandana mientras se sentaba en el banco de piedra.

Ninetis se puso tensa, a la defensiva.

—Te empeñas en llevar tus vestidos egipcios, de telas transparentes —se lamentó la Gran Esposa—. Los guardias y los jardineros no te quitan ojo.

«Me acostumbraré a la túnica púrpura antes de lo que tú te crees», pensó Ninetis, pero se calló la respuesta.

—He reunido al consejo a primera hora de la mañana —continuó Casandana— para que me diera su parecer sobre la forma de actuar durante la ausencia del rey. Ciro no regresará para asistir al funeral. Él no amaba a Mangana, su esposa estéril, y no va a abandonar al ejército frente a su enemigo, Creso, el rey de Lidia, para conducir un cadáver hasta la tumba. El sumo sacerdote de Atar<sup>2</sup> le representará en la ceremonia.

—¿Al menos has avisado a Ciro de la muerte de Mangana?

—Un caballero ha partido de Pasargadas en cuanto el consejo ha finalizado. Su misión también es comunicar al rey que ahora llevo las riendas de la ciudad, siguiendo las recomendaciones que había dejado a la Primera Esposa. De este modo, Ciro podrá concentrar toda su atención en la guerra.

Ninetis divisó un ave rapaz en el cielo y dejó caer con un tono de voz que pretendía ser inocente:

—Mangana ha muerto muy pronto...

2. Dios del fuego, cuyo templo se encontraba al oeste de la ciudadela.

La reina se sobresaltó; su mirada se volvió sombría, sus rasgos, duros.

—¿Qué insinúas? —gruñó.

—¡Nada! Pero la ausencia del rey ha sido fatal. Algunas lenguas dicen que ella tenía el don de predecir el futuro y que su alma estaba ligada a la de Ciro. ¿La fiebre que ha acabado con su vida podría ser el terrible presagio de que se aproxima el final del rey?

—¡Espero que no! —gritó Casandana—. Aunque nadie es infalible, y el hierro de la muerte se hunde tanto en el corazón de la persona más humilde como en el del más grande de los soberanos... ¡Vamos, siéntate! —insistió indicando el sitio que estaba a su lado.

Ninetis dudó. Algo le hacía sospechar. La actitud de Casandana no era natural. La joven, antes altanera y despectiva con la egipcia, la invitaba ahora a compartir el banco casi como una amiga. Ninetis movió la cabeza, segura de su posición. Prefería dominar a la reina desde arriba.

—También...

Casandana se detuvo adrede. Ninetis comprendió que se refería a la hipótesis de la muerte del rey y arrugó la frente para incitar a la soberana a continuar.

—También pienso mucho en el destino de nuestros hijos.

—El de Cambises ya está trazado —recordó Ninetis—. ¡Sucesderá a Ciro por propia voluntad de su padre! ¡Aunque parieras un niño después de Roxana, mi hijo seguiría siendo el primogénito y, por tanto, el heredero!

Casandana le dirigió una mirada áspera. La insolencia de esa arpía era indignante, pero la reina prefirió no replicar. Su hora llegaría más tarde.

—Nadie piensa en arrebatar el trono a tu hijo, más bien al contrario —subrayó la reina con una sonrisa forzada—. En realidad, mi intención es acallar los rumores que circulan sobre él, acerca de que es un bastardo egipcio.

—¡Cambises es hijo legítimo de Ciro! —bramó Ninetis—. ¡Y

tú lo sabes porque tiene en el hombro la misma marca que su padre!

—Por supuesto que lo sé —afirmó Casandana—, pero es difícil acabar con los cotilleos de palacio.

—¡Sobre todo si los alimentan lenguas viperinas! —soltó Ninetis al tiempo que clavaba sus ojos en los de la Gran Esposa.

La reina ignoró la indirecta y esperó a que la egipcia preguntara sobre sus propósitos.

—¿Cómo piensas silenciar las calumnias?

—¡Convirtiendo a Cambises en hijo de la pareja real, en hijo de Ciro y... mío!

—¿Tú... tú quieres robarme al niño? —preguntó Ninetis con voz ahogada.

—El heredero no puede ser el hijo de una concubina. Debe ser...

—¡Pues conviérteme en la Segunda Esposa Real!

—Sólo Ciro está facultado para tomar esa decisión. Sin embargo, puedo imponerte que me confíes a Cambises.

—¡No lo creo! —le espetó Ninetis con una malévola sonrisa—. Tú no tienes derecho a disponer a tu antojo sobre el futuro rey de Persia. Sólo sustituyes a Ciro en lo relativo a los asuntos cotidianos de la ciudad. Mi hijo no será el soberano de una región, sino el amo del imperio que le está preparando su padre. De hecho, estoy convencida de que tienes miedo. ¡Miedo de que Ciro no vuelva! ¡Miedo de que Cambises sea nombrado rey antes de haberlo vinculado a tu descendencia! ¡Miedo de sentir el trono vacilar bajo tus nalgas de simple hija de consejero<sup>3</sup>, cuando por mis venas corre la sangre de Horus!

La egipcia se inclinó —su frente casi rozaba la de la reina— y continuó:

—Tu verdadera intención es asociarte al heredero para consolidar tu posición. ¡Pero mi respuesta es no! ¡No te daré a mi hijo! Hagas lo que hagas para perjudicarme, Cambises sabrá

3. Casandana era hija de Farnaspes, un miembro del consejo.





*Polvo de estrellas*

quién es su madre: los lazos de sangre no se borran. ¡Y entonces temerás su cólera!

Ninetis se incorporó con intención de dar media vuelta y reunirse con la nodriza.

—¡Espera! —la retuvo Casandana—. No he terminado.

La egipcia hizo un gesto interrogativo.

—Dejemos de pelearnos —suspiró la reina— y pensemos en lo mejor para nuestros hijos.

Ninetis frunció los labios. ¿Qué otra cosa habría maquinado esa advenediza?

—Creo que sería conveniente unir a Roxana y a Cambises —anunció Casandana.

Ninetis no respondió enseguida. La idea no era mala. Los partidarios de Casandana dejarían de alimentar su resentimiento hacia el extranjero y eso reforzaría la unidad en torno a Cambises. Al mismo tiempo, Casandana se convertía en la suegra del futuro soberano de Persia y se aseguraba un puesto del que nadie podría privarla en la corte. Pero eso no le importaba a Ninetis: lo esencial era que ese matrimonio afianzaría aún más el trono de Persia para Cambises.

—Debo reflexionar sobre ello —reconoció Ninetis—. Además, necesitamos la aprobación de Ciro.

—Es evidente —concedió la reina—. Mi intención sólo era sentar las bases de un acuerdo entre nosotras.

Las dos mujeres se midieron con la mirada. «Sólo necesito a tu hijo —pensaba Casandana—. Tú no tienes cabida en mis proyectos.» «La alianza con tu hija servirá a mis fines —calculaba Ninetis—, pero tú eres un estorbo.» Casandana se levantó y, acto seguido, la rodearon sus damas de compañía. Ninetis dejó a la reina en el jardín y recorrió el sendero guiada por los gritos de Cambises, que se había puesto a llorar.

Ese mismo día, un tal Sokar, emisario de Egipto, se presentó en los apartamentos de Ninetis. La joven apenas esperó a que el



mensajero saciara su sed para acosarle con un sinfín de preguntas. Cuando se enteró de que Tirya había regresado a Sais sana y salva; de que Psamético y su madre, Merit-Ahmés, habían recuperado la salud y de que Ahmés se encontraba en plena forma, Ninetis puso cara de disgusto. Sentada en una silla de piel de camella, dejó escapar un suspiro de profunda decepción. ¿La habría traicionado Fanés, el oficial griego del Faraón, negándose a ejecutar sus órdenes? Su misión consistía, por un lado, en secuestrar a Tirya y abandonarla, cubierta de cadenas, en una isla del Mediterráneo y, por otro, en envenenar a Merit-Ahmés, a su hijo e, incluso, al Faraón<sup>4</sup>. La joven se prometió ahogar a Fanés en su propia sangre cuando el ejército persa invadiera Egipto.

—Hermes, el amigo de Tirya, ha sido nombrado embajador en Sardes, en la corte del rey Cresos —anunció el mensajero.

Ninetis se encogió de hombros. La suerte del joven griego le importaba poco. Como ella permanecía en silencio, con la mirada perdida, Sokar precisó:

—La princesa Tirya lo ha acompañado. El Faraón también ha enviado a Cresos ayuda militar: un contingente de arqueros y un cuerpo de infantería.

—Todos perecerán bajo los cascos de nuestra caballería. ¿Quién está al mando?

—Cada regimiento tiene su general, pero el alto mando de las tropas se lo han confiado a Fanés. Él es el encargado de coordinar todas las acciones.

Ninetis cerró los ojos y aguantó la respiración. ¡Fanés estaba al mando de las tropas egipcias! La joven deseó con todas sus fuerzas que un golpe de espada hiciera volar su cabeza de perjuro cuando, de repente, se le ocurrió que tal vez el oficial griego no la hubiera traicionado. Una corriente de esperanza inundó su pecho. «El Faraón y su familia se le habrán escapado por razones que ignora, pero si Fanés es fiel a nuestro acuerdo, Tirya

4. Véase *La venganza de la diosa*.



*Polvo de estrellas*

se encuentra a su merced. Sin Ka ni Menelao para protegerla, ella caerá en sus manos como una fruta madura.» Ninetis sonrió ante esta perspectiva. Luego cogió un higo de una copa colocada sobre un velador y lo saboreó en silencio mientras se imaginaba a la muchacha a sus pies, atada y temblando de terror. El hombre, que permanecía a su lado, hizo un movimiento para indicar que esperaba que Ninetis le transmitiera alguna orden destinada a sus partidarios de Sais, con los que ella se mantenía en contacto.

—Dejemos que las cosas sigan su curso —decidió Ninetis—. Actuaré al hilo de los acontecimientos. ¡De momento, quédate en Pasargadas, mézclate con los habitantes y presta oídos a todo lo que se comenta sobre mí!

En un arranque inicial de mal humor, la joven había pensado en arrojar al emisario a los leones a causa de las malas noticias que le había traído. Sin embargo, después de reflexionar, prefirió utilizarlo como espía en la ciudad. A menudo, los soldados reflejaban la posición de sus oficiales, y era bueno saber qué comandantes —entre los encargados de la seguridad de Pasargadas— eran más partidarios de ella que de Casandana. Con el torso inclinado, Sokar caminó hacia atrás, sin darle la espalda, hasta la puerta. Cuando el hombre salió, la doncella de Ninetis cerró el batiente. Al regresar al centro de la estancia para llevarse la bandeja de fruta, la sirvienta vio una expresión extraña en el rostro de su señora: Ninetis tenía la mirada fija, clavada en la figura de la leona herida tallada en el bajo relieve de la pared de enfrente. ¡Y el brillo de sus ojos era aterrador!





2

DE LAS GARZAS A LA RANA





**E**n una sala del palacio de Sardes, en Lidia, Sehuna daba vueltas al ritmo de su pandereta. En círculo, alrededor de ella, unas muchachas acompañaban su danza con palmadas. Sarnia, la esposa del rey Creso, seguía con ojos benévolo los pasos, las figuras y las acrobacias de la niña. A su lado, sentada en unos cojines, Tirya lanzaba repetidas miradas a la puerta, impaciente porque Hermes apareciera por ella.

—Sehuna es ágil como una anguila —reconoció Sarnia—. Además, no ha tardado nada en aprender griego.

—Sí —murmuró Tirya, con la mente en otra parte.

—Me han contado que las egipcias aprenden a bailar de pequeñas.

—Es cierto. Eso les da una gracia de movimientos que potencia su belleza. Las lidias también son encantadoras —añadió Tirya.

La reina soltó una carcajada.

—Lo has dicho con poca convicción. ¿Te parecemos unas garzas?

—¡Por supuesto que no! —se defendió la princesa.

—¡Desde luego que sí! —gritó Sehuna, que había oído la conversación.

Cuando se encontró con la mirada fulminante de Tirya, la niña estuvo a punto de perder el compás. Entonces comprendió que había metido la pata e intentó rectificar.

—Quiero decir que sus largas piernas son como zancos y cuando dan vueltas parecen..., parecen...

Una chica alta, llamada Circe, puso una cara contrariada.

—Puede que tengamos patas de garza, pero tú saltas como una rana.

—¡Picotazos no! —intervino la reina para evitar una discusión.

—Prefiero saltar a caminar así —insistió Sehuna, al tiempo que estiraba el cuello e imitaba a una garza levantando la pata.

—¡Basta! —repitió Sarnia, con una voz que no ocultaba la diversión.

—Nosotros nos comemos las ranas —murmuró la joven lida, con cara de desprecio.

Las demás muchachas asintieron, de acuerdo con Circe. Ésta se inclinó ante la reina y solicitó su autorización para recrearse con sus amigas en el estanque de oro situado en el jardín. Sarnia movió la cabeza en señal de aprobación y luego se levantó. Tirya hizo lo mismo.

—Subamos a la terraza más alta del palacio —propuso Sarnia a la princesa—. Desde allí, hay una magnífica vista de la acrópolis y del templo de Cibeles<sup>1</sup>.

—Si no os importa, me gustaría reunirme con Hermes.

—Él asiste al consejo del rey. ¿Quién sabe cuándo acabará la sesión? Están tratando el tema de la guerra.

—Lo sé —suspiró Tirya— y por eso estoy preocupada.

—Repruebo toda clase de violencia —confesó la reina—, pero no podemos arrodillarnos ante Ciro y ofrecerle el cuello. Debemos defender a nuestros dioses y nuestras ciudades.

—Si los persas se preparan para la guerra, será porque piensan que Creso tiene intención de atacar su país.

1. Diosa anatolia asimilada a Rea, la madre de Zeus.



—El Aqueménida<sup>2</sup> ya está en campaña —anunció la reina—. Nuestros espías acaban de comunicarnos que Ciro marcha sobre Ecbatana, la capital de Astiages, el rey de los medos.

—Los dioses de ambos lados están sordos. Si Oriente se levanta, ¿qué quedará del mundo?

—Esperemos que los hombres sepan detenerse en el Halys, el río que marca la frontera entre los estados medos y Galacia.<sup>3</sup>

Tiryá vio alejarse a la reina y sus doncellas; luego subió por la imponente galería con peristilo que rodeaba el jardín y conducía, después de unos escalones, a la sala del consejo. Al borde de los senderos, había macizos de rosales y tamariscos, y grandes pinos que dispensaban una agradable sombra. *Totis* saltó desde la copa de un árbol y apareció de pronto ante la muchacha.

—Llegas como caído del cielo —dijo ella mientras se agachaba y abría la mano para atraer al animal—. Necesito tu colaboración.

El mono dudó y miró hacia atrás, porque Sehuna lo llamaba desde el jardín. Tiryá aprovechó la distracción para agarrarlo por la pata. El animal intentó liberarse, pero se calmó cuando la joven se lo colocó en el hombro. Tiryá continuó por la galería hasta que vio a un centinela de guardia ante la puerta de la sala del consejo. Entonces la joven pellizcó ligeramente a *Totis* para que gritara. Acto seguido, ella misma empezó a forcejear y a lanzar exclamaciones agudas.

—¡Suéltame, suéltame! —chillaba Tiryá, al tiempo que sujetaba al mono para que no huyera—. ¡Y tú, ven a ayudarme! —prosiguió para llamar la atención del guardia—. ¡Date prisa, cabeza hueca, antes de que este animal me arañe, me arranque el pelo o me rompa la túnica!

El hombre acudió corriendo, apoyó la lanza contra un pilar, pero cuando quiso agarrar a *Totis*, Tiryá lo soltó. El mono dio

2. Dinastía persa que reinó del año 640 al 330 a. de C. Aquí, el término se refiere a Ciro.

3. Véase el mapa de la página 248.

un salto, escapó del guardia, subió por un trípode de bronce que sostenía una lámpara de aceite y, desde allí, les lanzó vehementes inectivas mientras enseñaba los dientes.

—¡Sácalo de aquí! —ordenó la princesa—. Este mono podría atacar a la reina o a cualquier niño.

—No puedo abandonar mi puesto —se defendió el centinela.

—Tu función es garantizar la seguridad, ¿no? ¡Pues empieza por mantener este pasillo más seguro! Ya sé que debes guardar la entrada de la sala, pero ¿qué temes?, ¿que un golpe de viento abra la puerta y se lleve al rey y a los generales? Ocuparte de este bicho apenas te llevará tiempo.

El hombre no intentó discutir con Tirya. Él no era más que un soldado y ella era la hija del Faraón. De manera que dio unas palmadas para asustar al mono, consiguió que saltara del trípode y echó a correr detrás del animal para expulsarlo de allí. «¡Escapa, *Totis!* No dejes que te atrape!», pensó la joven con todas sus fuerzas mientras se acercaba a la puerta. ¡Un vistazo a la derecha, otro a la izquierda! ¡Nadie! Entonces Tirya abrió la hoja, entró en la sala y cerró con suavidad, sin producir el menor ruido.

Un grueso tapiz separaba la pieza de la entrada delimitando un pequeño espacio que hacía las veces de vestíbulo. Sin embargo, la principal ventaja de la cortina consistía en amortiguar las voces para que no se pudiera oír en el corredor nada de los secretos de Estado que se trataban en la sala, a no ser que se pegara la oreja a la puerta. Tirya separó un poco la colgadura por donde se unían los dos paños. Creso estaba instalado en su trono de oro macizo. Las pepitas arrastradas por las aguas del río Pactolo —que atravesaba la ciudad— lo habían enriquecido de forma prodigiosa. Los consejeros y el Estado Mayor permanecían de pie, en hilera, delante de él. Como embajador de Egipto, Hermes ocupaba una silla de madera adornada con cuero a la derecha del monarca y estaba asistido por Fanés y por dos oficiales egipcios. Toda la sala estaba tapizada con gruesas cor-



*De las garzas a la rana*

tinas de color púrpura ribeteadas en plata, que flotaban a dos codos<sup>4</sup> de las paredes y se abrían ante un ventanal por donde entraba a raudales una intensa luz.

—Así que puedo contar con el apoyo de Esparta —resumió Creso en dirección a un emisario griego.

—Nuestros soldados intervendrán para defender Sardes —precisó el espartano—, pero no te seguirán por territorio medo.

—Egipto actuará del mismo modo —comentó Hermes—. Los dos regimientos enviados por Ahmés no cruzarán la frontera del Halys.

El joven buscó la mirada de sus oficiales. Los dos egipcios apoyaron sus palabras sin reservas; Fanés se limitó inclinar ligeramente la cabeza.

—Mis aliados me tienden una mano muy blanda. ¿Tanto os asusta Ciro que no os atrevéis a enfrentaros a él cara a cara? Si le dais la espalda, lo invitáis a que os pisotee.

—No lo creo —protestó Sandanis, el viejo consejero—. Encontrarás aliados en Atenas, a condición de no penetrar en tierras medas. Debemos presentar frente a Ciro una alianza defensiva potente: eso lo disuadirá de invadir Asia Menor.

—Te equivocas, os equivocáis todos si pensáis que una barrera de hombres detendrá al persa. Mis mensajeros me han comunicado que el primer objetivo de Ciro es librarse del señorío de los medos, que hasta ahora le obligaban a pagar un tributo. Además, el rey de Persia ya no está dispuesto a obedecer a su abuelo Astiages<sup>5</sup>. Cuando sea soberano de los persas y de los medos, Ciro sólo tendrá que cruzar un río para apoderarse de los territorios del oeste. Es preciso combatir contra él antes de que sus victorias lo conviertan en un ser semejante a los dioses. Creía que el Faraón había entendido todo esto.

4. Un codo equivale aproximadamente a 50 centímetros.

5. Para mantener buenas relaciones entre los medos y sus vasallos, la hija de Astiages, Mandane, se había casado con el persa Cambises I y le había dado un hijo: Ciro.



—Ahmés desea el equilibrio en Oriente —respondió Hermes.

—¡Creso en Sardes y Ciro en Pasargadas! —puntualizó Fanés con una voz cargada de ironía.

Detrás del tapiz, Tirya no se perdía ni una palabra del consejo. De repente, un golpe contra la puerta la sobresaltó. La muchacha se ocultó en la oscuridad mientras esperaba que la puerta se abriera, pero eso no sucedió. «El guardia ha regresado a su puesto; habrá golpeado la hoja de madera con la lanza», supuso. La joven volvió a pegar el ojo y la oreja a la unión entre las cortinas. De pronto, se dio cuenta de que Fanés no estaba en su sitio. Como sólo divisaba una parte de la sala, Tirya pensó que se habría reunido con los otros oficiales, detrás del trono.

Creso echó un extremo de su himatión —un manto de lana negra— sobre el hombro izquierdo y, con voz cansada, declaró:

—Por dos veces, la Pitia de Delfos ha formulado oráculos favorables a mis planes. A la primera pregunta: «¿Qué sucederá si me enfrento a los persas?», contestó que yo destruiría un gran imperio. Por tanto, mi victoria está asegurada. A la segunda, cuando quise saber si mi monarquía duraría mucho tiempo, ella respondió: «Si un mulo se convierte en rey de Media, ¡huye, no ofrezcas resistencia ni te avergüences de ser cobarde!» Y yo os pregunto: ¿cuándo veremos un animal sentado en un trono?

Creso soltó una gran carcajada para subrayar que era algo disparatado. Todos los presentes se echaron a reír también.

—Si atacamos a Ciro mientras combate contra los medos, ganaremos la amistad del rey Astiages. Además, Babilonia tendrá la posibilidad de arremeter contra los persas por la retaguardia.

—Los reyes de Babilonia se suceden con demasiada rapidez en el trono como para tener controlado su propio ejército —objetó Sandanis—. Nábónico no se enfrentará a los persas.

—Sin embargo, es nuestro aliado —indicó uno de los generales.

—Un aliado de paja —corrigió el viejo consejero—. Nos encontraremos solos frente a Ciro.

—Entonces nuestra victoria será espectacular —concluyó Creso.

—Pero...

—¡Apolo ha hablado por boca de la Pitia! —bramó el rey levantando la mano para impedir la réplica de Sandanis—. ¡Los dioses nunca se equivocan!

Creso miró a Hermes y al espartano. Luego continuó:

—Ahmés y Quilón no perdonarán a sus representantes que les hayan privado de la oportunidad de resplandecer en Oriente.

A continuación, el rey sonrió, cambió de tono y añadió con aire perspicaz:

—Por supuesto, cuando os enteréis de que los persas se baten en retirada, no dudaréis en cruzar el Halys con vuestras tropas para compartir mi gloria.

Oculto a la vista de todos, Tirya sacudió la cabeza. Creso estaba dispuesto a conducir a su pueblo a la guerra y nada le haría cambiar de opinión. «Con el apoyo del oráculo de la Pitia, sus oídos están sordos a la voz de la sabiduría. Le siento capaz de lanzarse desarmado sobre el enemigo.» De repente, una punta helada se posó en la nuca de la joven, que aguantó la respiración. El arma la pinchó ligeramente para obligarla a avanzar un paso. Tirya se encontró con la cara pegada al tapiz.

—Soy la hija del Faraón —balbució—, no una espía.

La espada no se movió.

—¿Comprendes lo que digo? —añadió, creyendo que se trataba de un guardia.

No hubo respuesta. Tirya se atrevió a mover un poco la cabeza. El hombre estaba detrás de ella, en la penumbra. Sintiendo el filo de la espada sobre la piel, la joven se giró para verle la cara. Entonces lo reconoció.

—¿Fanés?

—¿Princesa? —dijo él con aire sorprendido—. ¿Sois vos de verdad? No esperaba encontraros aquí.

Tirya separó la hoja con el dedo. El oficial griego bajó por fin la espada y la envainó.

—He percibido un movimiento detrás del tapiz —explicó él—. He pensado que...

Dejó la frase sin terminar y cambió de tono.

—¡No podéis evitar escuchar detrás de las puertas! Cualquiera día, vuestra curiosidad os jugará una mala pasada.

—Puedes regresar al consejo —le dijo Tirya—. Vuelve por el mismo camino que has seguido para venir a descubrirme. No vale la pena perturbar la sesión.

Fanés le sonrió con frialdad, luego dio media vuelta y desapareció entre los pliegues del grueso cortinaje. Tirya se quedó con una sensación extraña: estaba segura de que Fanés sabía desde el principio que era ella quien estaba escuchando detrás de la cortina. ¡En Sais, lo hacía siempre! Entonces, ¿por qué se había deslizado hasta ella y había fingido sorpresa al descubrirla? La joven estaba convencida de que el oficial había disfrutado durante el instante en que la había tenido bajo la amenaza de su arma. Un instante que él había prolongado el mayor tiempo posible. «No comprendo su actitud —se dijo—. ¿A qué está jugando?» Tirya separó con disimulo el tapiz y percibió un movimiento de la cortina próxima a Hermes. Un momento después, Fanés estaba de nuevo al lado del embajador de Egipto. El oficial sacudió la cabeza en respuesta a una interrogación muda de Creso.

—Espero vuestro parecer —dijo el rey en dirección a sus consejeros y generales—. ¿Qué actitud vamos a adoptar frente a las acciones de Ciro? ¿Vamos a esperar a que acampe al pie de nuestras murallas?

—¡Yo estoy a favor de la guerra! —declaró un oficial—. Hay que cazar al león persa antes de que llegue al Halys.

—¡Guerra! —repitió otro con el puño en alto.

—¡Guerra!

—¡Guerra!

La palabra recorrió casi todas las bocas. Creso puso cara de satisfacción y se hinchó como un pavo real. Se levantó y bajó del estrado que sostenía el trono. Un soldado se precipitó hacia la guardapuerta con intención de abrirla. Tirya no tuvo tiempo de retroceder: la luz del día inundó el vestíbulo. Por temor a ser sorprendida, la joven se escondió en un extremo, entre la pared y la colgadura, y esperó a que se vaciara la sala. Fanés, que salió el último, se acercó al oído del centinela y susurró:

—Antes de unirte a la escolta, te sugiero que eches el cerrojo de la puerta.

—Cuando la sala está vacía, no merece la pena...

—¡No discutas! Ahora estamos en guerra y debemos aplicar todas las consignas de seguridad. Recibirás órdenes del oficial de la guardia diurna: él te mandará que regreses a cerrar la puerta, así que, ya que estás aquí...

El centinela deslizó la barra por el cerradero y la bloqueó con un anillo de hierro. Los consejeros se reunieron con los escribas para informarles de la decisión del rey. Creso, acompañado de sus generales, se dirigió al cuartel real para inspeccionar el material bélico. Antes de abandonar la galería, Fanés echó un vistazo atrás... y sonrió de placer. ¿Daría la princesa golpes en la puerta para salir de la estancia? En ese caso, ¿cómo explicaría su presencia en la sala del consejo? A no ser que se quedara encerrada hasta la próxima reunión, la joven sólo podría escapar si se convertía en pájaro.

Tirya estaba que mordía. «¡Ese guardia tiene el cerebro de un mosquito! ¡Ha bloqueado la puerta!» Aguardó un momento, esperando que Fanés se diera cuenta de que ella no había salido y volviera a liberarla..., pero fue en vano. Era obvio que el oficial tampoco le había comentado nada a Hermes. ¡En caso contrario, el joven la habría sacado enseguida de esa situación tan embarazosa! «No me queda otra solución que saltar por la ventana.» Tirya se acercó al ventanal, que se elevaba unos veinte codos sobre el jardín, y se asomó. Para colmo de males, junto al muro no existía ningún árbol al que poder agarrarse para bajar,

ni siquiera había una planta trepadora adherida a las piedras. ¿Tendría que dar voces? Nadie paseaba por las inmediaciones y los jardineros trabajaban en el huerto, lejos de allí. Tirya divisó un estanque circular a los pies del edificio, que era como un pequeño vivero donde nadaban peces de diferentes especies. Entonces la princesa se subió al alféizar, aspiró una bocanada de aire y saltó. Su túnica se abrió en forma de corola, como si fuera un nenúfar. Al chocar contra la superficie, Tirya levantó un chorro de agua que provocó una confusa agitación alrededor. Asustados, algunos peces saltaron fuera del estanque y otros se hundieron en el fango que tapizaba el fondo. Cuando salió —con tallos y trozos de hojas pegados a la cara y los hombros—, la muchacha vio surgir la cabeza de Sehuna de un seto de tamariscos.

—¿Estabas ahí? —le preguntó la princesa.

—Corría detrás de mi mono. ¿Y a ti qué te ha pasado? Comprendo que tengas ganas de bañarte y que saltar desde arriba es la manera más rápida de llegar al agua, pero al menos podías haberte quitado la ropa. ¡Además, te has equivocado de estanque! Este...

Tirya echó agua a la niña para que se callara.

—¡Ve a buscar otro vestido y algo para lavarme! Si cruzo el palacio en este estado, me van a tomar por la reina de las ranas, y no tengo ningunas ganas de explicar por qué estoy chapoteando en este vivero.

—¿Dónde te encontraré?

—¡Aquí, caramba! No tengo más remedio que permanecer escondida entre este banco de morralla.

Sehuna se marchó riéndose. ¡La reina de las ranas! Hermes se quedaría estupefacto cuando se enterara de que, al casarse con Tirya en cuanto regresaran a Egipto —como le había prometido el Faraón—, se convertiría en el rey de los sapos.